Lecturas

Lo que cabe hacer

Joseph Stiglitz cataliza el pensamiento crítico en 'El precio de la desigualdad'

DOMINGO CABALLERO

Al leer *El precio de la desigualdad* (*El 1% de la población tiene lo que el 99% necesita*), el libro más reciente de Joseph Stiglitz, premio Nobel de Economía, dará la impresión a algunos de haberlo ya leído. Sus análisis y sus propuestas se han convertido en el sentido común de la guerrilla antimercado soberano, lo que convierte a este autor en un apasionante catalizador del pensamiento crítico. Bien es verdad que, quizá por norteamericano, Stiglitz no logra desprenderse de un débil concepto de clase social, ni mucho menos apuntarse a la agresividad resultante. Dar por bueno que los agresores máximos constituyen un grupo del 1% es grave pecado sociológico. Torpe fue en su momento pretender abarcar la complicada heterogeneidad social por medio de dos únicas clases: proletarios y burgueses. Carlos Marx, a lo largo de su obra, detecta no menos de 18 clases sociales. Por otro lado, se equivocan quienes proclaman que son el 99%. Hay tantas y tales clases sociales entre "los de arriba" y "los de abajo" que muchos radicales pertenecen, un poco más o menos, a la cuadrilla de "los de arriba", porque piensan como ellos sin enterarse. Hay incluso cantamañanas que proclaman: "Todos somos clase media". No albergo la menor duda de que Stiglitz está al cabo de la calle a propósito de esta problemática, a pesar del título de su libro. Porque si "los de arriba" son como los pinta Stiglitz con toda justicia y solo fueran el 1%, esto no duraba una semana.

Dice Stiglitz : "En algunos grupos (que incluyen a los pobres) se cree que los ricos han conseguido su riqueza a base de trabajar mucho". Una ocasión de tantas para sustituir el púdico concepto de "grupo" por el bronco de "clases". Cierto que Stiglitz simplifica el panorama citando a Warren Buffet, el banquero multimillonario. Dice Buffet, y dice bien : "Esto es una lucha de clases, y yo estoy con quienes han ganado". Pero Stiglitz lo cita como quien cita un chascarrillo audaz. Siempre hay varias clases sociales. Nunca dos.

Pero dejemos situarse a Stiglitz: el punto de partida es "el dramático aumento de la desigualdad", que hunde sus raíces en "la interpretación ingenua de la economía bajo el supuesto de una competencia perfecta en un mercado perfecto". Y sigue Stiglitz: "El dolor que está padeciendo Europa, la gente pobre y los jóvenes, es innecesario". Y toca el nervio central: "La igualdad de oportunidades forma parte del folclore estadounidense"; ahora bien, "si las familias pobres suscitan nuestra empatía, las de arriba suscitan nuestra indignación", afirmación que le sitúa en ese terreno ético en el que vibran las pasiones bajo la forma de indignación, indignación por "las armas financieras de destrucción masiva" o por "las insensatas hipotecas". Pero "aunque la codicia fuera intrínseca a la naturaleza humana no podemos cruzarnos de brazos, de suerte que hay que prohibir sus créditos a los banqueros y castigarlos".

"Prohibir" y "castigar", ¿son valores americanos? Seguro que sí, pero no por lo que piensan "los de arriba", los cuales quieren prohibir lo que los de abajo querrían entronizar. En la palestra social los grupos luchan unos con otros precisamente porque no hay unos únicos "valores", sino una guerra de valores según clases. A veces parece como si Stiglitz contemplase una escala de valores homogénea, ¿menos 1%? En cualquier caso, Stiglitz confía en que "otro mundo es posible", desiderátum que forma parte del mapa de la izquierda. He aquí la lista consabida: "Reducir el gasto en defensa", "subir impuestos a los millonarios", "atención sanitaria para todos", "pleno empleo", "voto obligatorio", "financiación pública de las campañas", "espacios electorales gratuitos". ¿Es esto "moderar el capitalismo"? (Stiglitz). Más parece una declaración de guerra. Bien es verdad que a continuación el programa queda algo aguado.

La Constitución de Cádiz definía a los ciudadanos españoles, casi obligatoriamente, como "justos y felices". Ser felices debería ser el objetivo en sociedad de todos los ciudadanos. Stiglitz contribuye con sus recetas, escribe, dicta conferencias, firma manifiestos y vuelca en un libro sus conocimientos de economista. Con gentes como Stiglitz vamos sabiendo lo que habría que hacer. No sabemos cómo hacerlo con rotundidad. Habrá que ir tanteando. Dosificando la inevitable agresividad.

El precio de la desigualdad
JOSEPH STIGLITZ
Taurus, 2008. 504 páginas

Hay quien ha visto al diablo

ANA VEGA

El diablo medieval era una criatura pintoresca, generalmente desnuda y cubierta de pelo, con rasgos de animal como los famosos cuernos, los pies de chivo o las alas de murciélago. Pero los tiempos cambian, y también nuestra visión de lo que encarna el Mal se va modernizando. Al fin y al cabo, también el diablo es un producto de nuestra cultura. Se cuenta que Martín Lutero atacó al diablo lanzándole un tintero, lo que causó una mancha en la pared del castillo de la Wartburg que fue cuidadosamente preservada –y repintada– durante siglos para regocijo de los visitantes. En realidad Lutero había afirmado haber combatido al diablo con tinta –con la tinta, se entiende, de sus escritos–, y la mentalidad todavía medieval del momento, aficionada a tomarse las cosas al pie de la letra, inventó la historia del tintero.

Más sorprendente resulta que entre las glorias alemanas que tuvieron tratos con el diablo se encuentre también Thomas Mann. De julio a octubre de 1897, el joven escritor viajó a Italia con su hermano Heinrich. Pasaron la canícula y los primeros meses de otoño en Palestrina, donde se alojaron en la Casa Bernardini. Fue en un amplio salón de piedra de este albergue, a la hora de la siesta de un día especialmente caluroso, donde Thomas Mann tuvo su pequeño encuentro con el Mal. Apareció de repente sobre el sofá negro en forma de hombrecillo, y nada más verlo Mann supo enseguida que se trataba del diablo. Aún hoy una placa de piedra recuerda esta cita. Naturalmente, Thomas Mann, que convertía en material literario todo lo que vivía o creía vivir, acabó plasmando esta insólita aparición en una novela, aunque tuvieron que transcurrir cincuenta años antes de que encontrara ocasión para darle voz al diablillo del sofá. Fue en *Doctor Faustus*, en el mismo escenario italiano de aquel primer encuentro.

Se trata de la escena en la que Mann nos presenta al compositor Adrian Leverkühn leyendo

Pasa a la página siguiente

LA BRÚJULA

EUGENIO FUENTES

Novelas del guionista de 'La dolce vita'

Fino e irónico, a veces satírico, casi siempre con trasfondo trágico, Ennio Flaiano (1910-1972) fue narrador, guionista, crítico cinematográfico y periodista. Su amplia obra, que alcanza dimensiones colosales como autor de guiones (escribió para Fellini los de *La dolce vita*, *Ocho y medio*, *Las noches de Cabiria* o *Giulietta de los espíritus*), le está valiendo reconocimiento creciente en los últimos años en Italia, donde ya es considerado una pluma mayor del siglo XX.

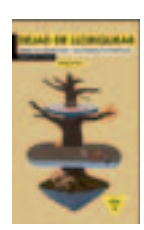
Dos noches (1959) es un conjunto de dos novelas que operan la una como revés de la otra. Las dos están protagonizadas por escritores jóvenes, pero mientras que en la delirante *La mujer de Fiumicino* seguimos las andanzas del alegre y torpe conquistador Graziano, en *Adriano* son los pasos de una víctima del hastío existencial los que nos conducen a través de la trama. Graziano acabará envuelto en una aventura extraterrestre; Adriano, deambulando en coche, llegará a casa de Fellini. Los dos conducen al lector al corazón de la mediocridad en una Italia caótica.

Dos noches
ENNIO FLAIANO
Traducción de Miguel Ros González
Errata Naturae
222 páginas
18,90 euros

Antídotos contra el exceso de ombliguismo

La alemana Meredith Haaf tiene, para que se sitúe el lector, un poco menos de 30 años. Y está hasta más arriba de las cejas de lo que estima pasividad llorona de su generación. A decir verdad, hasta el término generación le molesta, porque no quiere tener nada que ver con toda la recua de paniaguados que se pasan el día quejándose sin hacer nada para remediar su situación.

En realidad, Haaf, que ha subtitulado su ensayo *Sobre una generación y sus problemas superfluos*, pretende reflexionar sobre el porqué de tanta postración, pero entre reflexión y reflexión se le van colando hebras de la mala leche que le asalta al comprobar que está rodeada de personajes individualistas, nada solidarios, que reniegan del pronombre nosotros, reconcentrados en su ego digital de redes sociales, ajenos a cualquier utopía, angustiados en el fondo y, por encima de todo, inoperantes. Unos personajes a los que el rechazo de lo público lleva al desconocimiento de la política y, por tanto, a dejarse gobernar como corderos. Un palo muy razonado.



Dejad de lloriquear
MEREDITH HAAF
Traducción de Patricio Pron
Alpha Decay
270 páginas
21 euros